

es que después de ser catequizado y bautizado por el obispo visigodo Sigisaro, fué coronado y proclamado emperador con todas las minuciosidades del ceremonial y las insignias acostumbradas desde antiguo, é incontinenti nombró el nuevo emperador á Alarico general del ejército (*magister militum*), título que tanto ambicionaba, y á su cuñado Ataulfo que acababa de llegar de Germania con refuerzos, jefe de palacio (*comes domesticorum*). Nada se dijo entonces respecto de territorios para el pueblo visigodo, sobrentendiéndose que serían los mejores que se encontraran disponibles. Por vía de precaución llevóse el rey godo rehenes, entre los cuales se encontraba el niño Aecio que tanta fama estaba destinado á adquirir después como general.

Al principio fué reconocido Atalo como emperador en todas partes á donde llegaba el poder ó el temor de las armas de Alarico, es decir, en la mayoría de los territorios de Italia. Pero en Africa, provincia importante, el granero que alimentaba la capital y otras ciudades de Italia, estaba gobernada por el partido anti-germánico á cuya cabeza se hallaba el gobernador Heracliano, el asesino de Estilicon y partidario de Honorio. El nuevo emperador mandó contra él tropas que fueron derrotadas; y como no estaba cercada Rávena por el lado del mar, pudo enviar Heracliano á Honorio, con la noticia de esta victoria, recursos en dinero, mientras que por otro lado prohibía todo envío de trigo á Roma, con lo cual logró atraer otra vez al partido de Honorio la población de la capital. El pueblo de Roma que solo por miedo á Alarico había reconocido á su hechura el emperador Atalo, le abandonó al verse amenazado por una nueva escasez. Se hallaba entonces Alarico ocupado delante de Rávena, donde el hijo de Teodosio, el cobarde Honorio, abandonado de sus generales y altos dignatarios, se hallaba en tan gran aprieto que ofreció á su competidor Atalo partir con él el imperio de Occidente; pero como este último solo consentía en dejarle la vida, bien entendido *después de mutilarle* y enviarle á destierro perpetuo, estaba resuelto Honorio á huir ocultamente de Italia á Constantinopla, cuando le salvó Heracliano con su victoria en Africa y con su remesa de dinero.

Por otra parte era tan grande la oposicion entre los bárbaros y Roma y tan imposible la armonía entre elementos tan encontrados, que el mismo instrumento y obra de Alarico contrariaba los designios de su sostenedor. Guiado Atalo por un oráculo que le había prometido la victoria sin combate, había mandado, contra la voluntad del rey godo, generales casi sin tropas á Africa, y en lugar de los godos recomendados por Alarico, empleaba romanos sin talento para los puestos importantes, prometiendo al pueblo la restauracion del imperio universal y poco faltó para que le prometiera también el exterminio de los godos. Entonces trató Alarico de aproximarse otra vez á Honorio que continuaba inexpugnable en Rávena, protegida por sus pantanos y lagunas. Delante del pueblo y de su ejército declaró solemnemente en Rimini al emperador Atalo destituido, y envió la diadema y la púrpura del destronado á Honorio, que cabalmente envalentonado por una victoria de Saro, se empeñó mas que nunca en su terquedad (pues que no puede llamarse heroísmo su permanencia detrás de las murallas seguras de Rávena) y rechazó el ofrecimiento. Alarico, viendo a imposibilidad de tomar la plaza ni por asalto ni por hambre, levantó el sitio y se encaminó por tercera vez á Roma para hacer allí imperar su voluntad. Entró en la ciudad el 26 de agosto de 410, no se sabe si por traicion ó á viva fuerza, ni hasta dónde llegó la destruccion y saqueo que siguieron, porque las relaciones conservadas reconocen por autores á enemigos de los godos que tenían interés en exagerar el

daño que causaron los bárbaros. Los secuaces del paganismo aprovecharon la ocasion para presentar las depredaciones como un castigo que los dioses antiguos enviaban á Roma por haber abandonado la antigua religion de sus antepasados, mientras que los cristianos las comparaban con las desgracias que había sufrido la capital cuando se hallaba todavía bajo la proteccion de Júpiter capitolino; en unas y otras relaciones influye además el afecto ó desafecto del autor á Honorio y en general el gusto literario de la época, tan amigo de la declamacion y exageracion retórica que hacen que el mismo autor presente la desgracia mas ó menos grande segun la tendencia que le guía. Lo cierto es que el incendio se redujo á pocos edificios; los vencedores, aunque arrianos, respetaron el derecho de asilo de las iglesias católicas; y á pesar de ser puro cuento las palabras de Alarico: «yo hago la guerra á los romanos y no á los apóstoles del Señor,» con las cuales se dice rechazó el consejo de los suyos de saquear y destruir la iglesia de San Pedro, no deja de ser cierto que las iglesias sufrieron poco, y que se les devolvió al cabo de breve tiempo la mayor parte de lo que se les había robado.

Pero dependiendo la poblacion de Roma del trigo de Africa, los visigodos no podían prolongar su estancia en una ciudad donde estaban á la merced del gobernador de aquella provincia partidario de Honorio. Así fué que solo permanecieron de tres á seis dias á orillas del Tiber, de donde se dirigieron á la Campania; y desde allí atravesando el Abruzzo fueron á Reggio, con la idea de embarcarse para la Sicilia y después pasar al Africa.

Atendidas las circunstancias, este plan no tenía nada de aventurado, sino que era muy racional. No pensaba Alarico conquistar un reino en aquella parte del imperio como hizo uno de los reyes posteriores, y como lo hicieron los vándalos pocos años después. Para dominar definitivamente á Roma, rendir á Rávena y reducir al emperador á designar territorios donde pudiesen al fin establecerse los visigodos, era indispensable cortarles los recursos que le venían del Africa. La experiencia le había probado que siendo dueño de esta parte del imperio y de Sicilia, se dominaba también en Roma y en Rávena; pero lo que los vándalos lograron á la primera embestida no lo alcanzaron los visigodos en dos. Una tempestad destruyó en el estrecho de Mesina las naves que el rey había reunido con gran trabajo en los puertos de Italia para el embarque; y como no encontró otras, ni pudo apresar los buques romanos que huían á las otras islas próximas, y á los cuales en su furor persiguieron los jinetes visigodos hasta dentro del mar echando á nado los caballos, fué preciso renunciar á tan atrevida empresa. Este descalabro reanimó á la poblacion romana del Mediodía de Italia, al principio vivamente impresionada por la aparicion de los bárbaros en aquel extremo de la península, adonde desde los tiempos de Anibal no se había asomado un enemigo extranjero; de modo que la leyenda del Partenon de Atenas y de Delfos se reprodujo en Italia, corriendo la voz de que una estatua de mármol había amonestado al rey que no pasara adelante si no quería buscar su desgracia, y que por no haber seguido este consejo murió poco tiempo después en la plenitud de su juventud «cuando aun caían sobre sus hombros los bucles de su rubia cabellera,» como dice el poeta.

Se sabe de qué manera poética, conforme por lo demás con las costumbres de los antiguos germanos, enterraron los visigodos á su rey. Cerca de Cosenza desviaron el rio Busento, y después de sepultar el cadáver con sus armas y tesoros en el cauce en seco, volvieron las aguas á su antiguo lecho y mataron á todos los esclavos que habían trabajado en aquella obra, de suerte que jamás ha podido saberse el sitio donde yacen los restos del primer conquistador germá-

nico de Roma. Sucedióle por voto del pueblo Ataulfo, el hermano de su esposa, que gobernó desde 410 hasta 415, y cuyo valor se alaba tanto como su talento y hermosura. Desde luego abandonó la idea de sostenerse en Italia por medio de la conquista de Sicilia y del Africa, prefiriendo entrar en negociaciones con Honorio. Estas negociaciones duraron algunos años y acabaron en nuevas batallas, mientras los godos abandonando sucesivamente el Mediodía y el centro de Italia, lo mismo que Roma, se iban retirando hacia el Norte y Oeste para asegurarse la salida de la península. En las negociaciones con el emperador hizo un papel muy importante la hermana de éste, la bella é inteligente Placidia, á quien los visigodos llevaban desde el año 408 consigo como prisionera y rehen y luego como mediadora, y que acabó por ser á su vez causa de grandes complicaciones y empeñadas luchas provocadas por los celos.

No se sabe si mediante convenio ó porque se convencieron de la imposibilidad de encontrar en Italia el distrito donde establecerse que estaban buscando tanto tiempo hacia, salieron de Italia los visigodos en 412, conducidos por Ataulfo, pasaron los Alpes Marítimos y penetraron en la Galia. Los autores antiguos pretenden que Honorio autorizó al rey visigodo á establecerse con su gente en la Galia; cosa muy probable, aparte de la tendencia que prevalecía en el país cuando aquellos escribieron, de hacer ver que la monarquía visigoda española era mas antigua y su origen mas legítimo que los gobiernos germánicos de Francia y Alemania. Honorio no habría seguido en esto mas que la política tradicional de Roma de deshacerse ante todo de los bárbaros para después, si no se exterminaban mutuamente, retirarles la concesion de tierras ó invalidarla, como hizo Constantinopla un siglo después cuando envió los ostrogodos á Italia para arrojar de allí á Odoacro, y para exterminar al fin á su vez á los ejecutores de sus designios. Las circunstancias eran muy parecidas. La Galia estaba perdida para Honorio; los labradores libres y siervos, cansados de sufrir la opresion esquiladora de los grandes propietarios y de los agentes del gobierno, se habían levantado en armas y atravesaban todas las provincias sembrando la destruccion por donde pasaban; y en los demás distritos gobernaba un tal Jovino, pretendiente rebelde, con el apoyo de borgoñones y alanos, burlándose de los órdenes de Roma. En que sucumbieran pues los visigodos, una vez fuera de Italia, á orillas del Loira y del Ródano, ó que exterminasen á Jovino con los suyos, nada perdía Honorio y le quedaba siempre en cambio la esperanza de sacar alguna ventaja de los sucesos.

Ataulfo siguió el consejo de su ex-emperador Atalo que le acompañaba como particular, y propuso al usurpador Jovino entenderse con él; pero mientras seguían los tratos, el visigodo sorprendió y destruyó con sus fuerzas superiores á aquel antiguo rival, y segun parece enemigo personal de Ataulfo, Saro, que había abandonado á Honorio por haber hecho asesinar á un hombre de su séquito, y había ido á servir al emperador faccioso Jovino en la Galia. Jovino se asoció á su hermano Sebastian como emperador colega, en lugar de Ataulfo, el cual despedido se volvió al partido de Honorio y le ofreció remitir á la mayor brevedad las cabezas de los dos usurpadores á Rávena. Hizose entonces un convenio entre Honorio y Ataulfo, en el cual se obligó el rey visigodo á hacer la guerra á los dos hermanos y á dejar libre á la princesa Placidia, en cambio de asignaciones de cereales para su gente, y probablemente de la tolerancia tácita de ocupar en propiedad terrenos en Galia.

Ataulfo cumplió la primera parte de lo ofrecido. Fué en compañía de Dardano, el prefecto que había quedado fiel á la causa de Honorio, en busca de los dos pretendientes, y

mientras Dardano se apoderaba de Narbona, conquistó Ataulfo á Valence, en cuyas dos ciudades se hallaban los dos hermanos Jovino y Sebastian, cuyas cabezas fueron puntualmente enviadas al emperador legítimo. Este, sin embargo, encontró motivos para retener las remesas de trigo, con lo cual se vieron otra vez los visigodos en uno de sus aprietos acostumbrados, de los cuales salían siempre y salieron en esta ocasion viviendo sobre el país saqueándolo á discrecion, y pasando á otro cuando ya no quedaba nada por tomar. Ataulfo no quiso poner en libertad á Placidia. Un ataque súbito sobre la ciudad de Marsella, cuyos almacenes repletos de cereales y géneros de toda especie habían excitado la codicia de los visigodos, fué rechazado por la pericia del eminente general Bonifacio que tan importante papel desempeñó en la historia de los vándalos en Africa. En este combate salió herido Ataulfo: en cambio pudo apoderarse por astucia de Narbona en el otoño del mismo año. Era la época de la vendimia: introdujéronse los guerreros visigodos ocultos debajo de una ancha cubierta de pámpanos en las carretas cargadas de uvas, y apenas dentro de la ciudad saltaron en tierra y la ocuparon. Después tomaron á viva fuerza á Tolosa y por capitulacion á Burdeos.

Sin engreirse por estas ventajas trató Ataulfo de entenderse otra vez con el imperio romano: como su predecesor en Italia, aspiraba tan solo á encontrar en la Galia un establecimiento seguro y definitivo, mirando á los habitantes de la provincia, no como enemigo, sino como amigo, y temiendo todavía la superior civilizacion y el poder del imperio. Análoga conducta siguieron poco tiempo después sus sucesores y también los reyes de los borgoñones y hasta los de los francos, tan incomparablemente superiores á unos y otros en fuerza y número, pues que en lugar de hallarse aislados como los visigodos, se apoyaban en sus afines allende del Rhin. Solo hacia fin del siglo creyeron poderse presentar abiertamente como conquistadores, porque entonces ya no existía el imperio occidental, y tocante al oriental no se descuidaron los reyes francos, los merovingios, de mantenerse en buenas relaciones con él.

En vista de la terca resistencia que oponía Honorio fuera del alcance del rey visigodo en su corte inexpugnable, creyó Ataulfo poder suplir la autorizacion imperial casándose con Placidia, hermana de Honorio é hija del gran Teodosio, que en cierto modo podía pasar por representante de la autoridad imperial y en caso necesario prestar una sombra de legalidad á la ocupacion definitiva del territorio por los visigodos. Por esta razon se había negado constantemente á restituirla á su hermano, que en cambio retenía las remesas de trigo pactadas. Pero el sucesor de Estilicon en la corte, el general Constancio que, como aquel, gobernaba de hecho el imperio, para asegurar su posicion y dominio sobre el emperador se empeñó también en casarse con Placidia, cuya mano de esta manera vino á ser la manzana de la discordia, causa de odio y enemistad á muerte entre los dos pretendientes, y la clave de los sucesos posteriores. No se sabe si Ataulfo tuvo igualmente la pretension de hacerse tutor ó ministro omnipotente de Honorio, como había sido Estilicon y era entonces Constancio, si bien con mas autoridad que estos por ser rey nacional de los visigodos y en parte dueño de la Galia.

El rey godo logró determinar á la ilustre princesa á ser su esposa. Su primera mujer, que era una ostrogoda que le había dado seis hijos, ó había muerto, ó había sido previamente repudiada. Para que esta union diera el resultado político que el rey anhelaba, era indispensable que se hiciera con entera libertad, sin sombra de coaccion por parte de la hermana del emperador, cosa difícil á causa de su resisten-

cia; pero al fin cedió á las reiteradas instancias de Candiano, personaje romano de mucha distincion. Fué un suceso extraordinario para la época, y se celebró naturalmente con todo el fausto acostumbrado en Narbona, en enero de 414, en casa de Ingenio, romano perteneciente á la clase mas elevada, observándose especial y minuciosamente el ceremonial romano, y no el del pueblo del novio, como era costumbre cuando las dos partes eran de diferente nacionalidad. Placidia se presentó en traje romano de novia y el rey



Fig. 135.—Gala Placidia y su hijo Valentiniano III.—Relieve de un dipinto de Monza del siglo V.

también á la romana dando la derecha á la «hija de emperadores.» La procesion nupcial, conducida por Atalo, el efimero ex-emperador, atravesó observando la costumbre romana la habitacion, y quedó emparentado Ataulfo con la familia imperial de Teodosio, con pretensiones de ser el jefe legal de los habitantes romanos de la Galia, y el representante simbólico de la fusion de los dos pueblos. Muchos creyeron con esto cumplida la profecía del profeta Daniel cuando habla de «la union del dueño de Oriente con el rey septentrional.»

No dominaba este modo de ver las cosas en Rávena donde esta intrusion de un bárbaro en la familia de Teodosio no hizo mas que aumentar el furor de Honorio ó mejor dicho de Constancio; tanto, que Ataulfo hubo de renunciar ya para siempre á toda esperanza de reconciliacion con su resistente cuñado. En su consecuencia, proclamó otra vez por emperador al mismo Atalo que se prestó á la farsa y se rodeó de su corte correspondiente, nombrando entre otros por tesoroero sin tesoro á Paulino Peleo, que nos ha dejado una poesia en la cual relata los sucesos de su tiempo. La situacion no era brillante, porque como el tesoro, estaban vacíos los estómagos de los visigodos que en tiempos tan agitados y á la merced de cualquiera eventualidad no podian dedicarse á la agricultura; sin contar que la guerra nunca acababa, y la escuadra romana bloqueaba las costas é impedía la llegada de buques con víveres desde Italia y Africa. Es muy probable que estas circunstancias fuesen las que decidieron á Ataulfo á dejar una guarnicion en Narbona, su capital, dirigirse á lo largo de los Pirineos hácia el Oeste y penetrar en España, á donde le siguió inmediatamente la guarnicion de Narbona, por no encontrarse bastante fuerte para resistir á Constancio que con fuerzas superiores acudía desde Arles.

Los visigodos abandonaron entonces toda esperanza de establecerse en la Galia, y en su marcha devastaron todo lo que encontraron, como si jamás hubiesen de volver atrás. Así saquearon hasta las ciudades, entre ellas Burdeos, asociándose en todas partes los esclavos que á su aproximacion podian escaparse del poder de sus amos. Así quisieron también saquear la ciudad de Bazas, y sobre todo á los senadores, que quizás simpatizaban con Honorio y Constancio, y

mal les hubiera pasado, á no lograr el mencionado tesoroero Paulino que los alanos, cansados ya de su alianza con los visigodos, abandonasen á Ataulfo y se pasasen á los de la ciudad, para de concierto con ellos ocupar militarmente los jardines de los arrabales, y defender la poblacion de los ataques de los germanos. El mismo Paulino describe en su citada poesia este curioso episodio característico, y sin embargo continuó sirviendo al rey, lo que hace suponer que Ataulfo no aprobó estas depredaciones bárbaras; pero en cambio abandonó á Atalo, que poco despues fué hecho prisionero por los honorianos y llevado á Rávena, donde le hicieron lo que él habia de hacer con Honorio, mutilarle y desterrarle.

Entre tanto habia entrado Ataulfo con sus visigodos en España y atacado desde Barcelona, como aliado ó auxiliar al servicio de Roma, á los vándalos. Dió Placidia en esta ciudad á luz un hijo que recibió el nombre de Teodosio por fundarse en él la doble esperanza de una reconciliacion con Honorio y de que heredase algun día el cetro del imperio occidental; pero por desgracia murió luego el niño, lo que fué considerado como un presagio fatal. En efecto, apenas se le hubo dado sepultura en su ataud de plata, cayó muerto su padre atravesado por el puñal de un asesino en el mes de agosto ó de todos modos antes del 24 de setiembre. Eberulfo, llamado por mote latino *Dubius* (el dudoso), secuaz de un antiguo enemigo de Ataulfo, quizá de Saro, habia entrado al servicio de este rey, y le mató á puñaladas, ya fuese por vengar á su antiguo jefe ó ya encolerizado porque Ataulfo, que era de alta estatura, se habia burlado de su corta talla.

Orosio, contemporáneo de Ataulfo, nos ha conservado lo que hoy llamaríamos el programa político de este importante personaje, expresado por él mismo en diferentes ocasiones. Su plan, cuando rebosaba aun de fuerza é ilusiones juveniles, habia sido acabar con la nacionalidad romana y poner en su lugar un imperio universal á cuya cabeza estaria el pueblo visigodo, de suerte que el rey de los godos fuese un nuevo César Augusto; pero la experiencia le habia enseñado que le era imposible conseguir este objeto mientras su pueblo indisciplinado no fuese capaz de someterse al vigoroso régimen de un mando absoluto, ó siquiera á renunciar á hacerse la justicia por su mano y á someterse á los tribunales y al derecho, á la *civilitas custodita* á que un siglo despues el gran Teodorico acostumbró á los ostrogodos. Entre tanto, se resolvió por el contrario á buscar su gloria en regenerar y proteger por medio de su vigoroso pueblo á la sociedad romana, á fin de que la historia conservara su nombre como restaurador del imperio, ya que no podia ser su destructor.

De este juicio sobre los proyectos de Ataulfo, de su casamiento con Placidia, de la restauracion de Atalo, de la eleccion de nombre para el hijo, resulta sin duda ninguna que la mente del rey visigodo perseguia un ideal enteramente análogo al que cuatro siglos despues realizó en otra forma el gran rey de los francos: Cárlo Magno reemplazó el imperio romano por otro franco, y Ataulfo habia querido reemplazarlo por uno godo.

Pero los godos de todas las ramas tuvieron mala fortuna y mala estrella en la historia. Si fueron afortunados, si brillaron alguna vez, su suerte fué momentánea y su brillo fugaz.

Ataulfo se vió obligado contra su voluntad á hacer la guerra á Roma, ya por la obstinacion de Honorio que rechazaba sus repetidos ofrecimientos de paz, ya por los celos de Constancio. Por otra parte existia todavía vigoroso en su mismo pueblo aquel antiguo partido enemigo de Roma, que en parte tenia su origen en el espíritu guerrero y en la aficion al

saqueo, pero en parte también se fundaba en un sano instinto de conservacion que le hacia odiar la alianza con Roma; porque en efecto tal alianza amenazaba, no solo la libertad del pueblo, sino también su nacionalidad y su existencia por medio de una romanizacion progresiva.

El asesinato de Ataulfo, aunque obra de venganza visigoda personal, fué un golpe favorable para el partido anti-romano. El rey al morir habia recomendado encarecidamente á su hermano, que suponía le sucederia en el trono, que conservase la paz con Roma y diera libertad á Placidia; pero en lugar de este hermano fué elegido, mas bien por la fuerza que por libre sufragio ni derecho, otro hermano de aquel Saro, antiguo enemigo de los Baltos y que entonces lo era también de Honorio. Este nuevo rey, llamado Sigerico, empezó por hacer asesinar á los hijos de Ataulfo habidos en su primer matrimonio, y por tratar á la hija de los emperadores como prisionera haciéndola andar á pié delante de su caballo con los demás cautivos jornadas de doce millas. El odio feroz á Roma inventó además la fábula de que Ataulfo habia sido asesinado por su propia gente porque no habia destruido á Roma cuando la tenia en sus manos, y que la muerte idéntica de su sucesor Sigerico, que ocurrió solo siete dias despues, reconocia una causa análoga; es decir, que se inclinaba en favor de Roma mas de lo que queria el partido de la guerra. Su sucesor Walia que reinó desde 415 hasta 419, detuvo á Placidia en rehenes, pero la trató desde el primer momento con mas consideracion. Impulsado por la necesidad de encontrar espacio para los suyos, hubo de luchar en su marcha por la costa desde Barcelona á Cádiz tanto con los germanos enemigos de Honorio como con las guarniciones romanas. Llegado que hubo á Cádiz, ocurrióle la idea de pasar á Africa, que entonces estaba apenas defendida por insignificantes guarniciones imperiales; pero sus tentativas salieron mal, porque los temporales destruyeron las únicas naves que habia podido reunir. En esto supo que Constancio habia pasado los Pirineos en busca de Placidia, con la cual pretendia todavía casarse. Inmediatamente tomó la resolucion de aprovechar esta circunstancia entregando á la viuda, que no tenia ningun interés en conservar prisionera, en cambio de una indemnizacion consistente en 600,000 fanegas de trigo y segun parece mediante el reconocimiento oficial por parte del gobierno imperial de la propiedad del territorio que ocupara. Este territorio era el que acababan de abandonar los vándalos, alanos y suevos; y naturalmente el rey visigodo se obligó á defenderlo contra ellos, con gran beneficio de los distritos y ciudades romanas. Por eso se consideraron las victorias que Walia alcanzó desde 416 hasta 418 sobre aquellos bárbaros como victorias del imperio, tanto mas cuanto que el rey visigodo envió al emperador los jefes vándalos que cayeron en sus manos. A pesar de esto, abandonaron los visigodos al año siguiente la península y se volvieron á la Galia, donde el gobierno romano les cedió la Segunda Aquitania y algunas ciudades en las provincias adyacentes. La mas importante, que luego fué la capital, y que dió el nombre al nuevo reino godo, era Tolosa. El reino tolosano comprendió en su mayor prosperidad las ciudades, obispados y distritos siguientes: La Septimania (nombre que no procede de que hubiese siete ciudades ni de que hubiera estado allí establecida la legion séptima, sino de un pueblo antiguo celta mencionado por Plinio con el nombre de septumanos y que vivia junto á Beziers), Aix, Apt, Riez, Frejus, Sisteron, Arlés (Carcasona y Nimes), Marsella, Tolon, Digne, Grasse, Vence, Glandève, Senez, Niza y Tolosa.

Los motivos de este retroceso no se saben con exactitud; pero la iniciativa debió de proceder del gobierno romano, que sin duda no juzgaba conveniente que se desarrollara y

consolidara un reino godo en el extremo de la península. Quizá también coincidió con este propósito de los romanos el deseo del mismo Walia, porque la España estaba mucho mas asolada que el hermoso y risueño país del «áureo Garona.» Un autor de aquel tiempo describe la Aquitania lleno de entusiasmo llamándola «perla de la Galia.» «Sus habitantes, dice, no creian vivir en la tierra, sino en el paraíso. Las viñas alternaban con campos cubiertos de doradas mieses, praderas floridas, árboles frutales y encantadores bosquecillos atravesados por manantiales, arroyos y rios; no se oian mas que cantos alegres bajo los mirtos y palmeras de Burdeos.»

## CAPITULO II

### EL REINO DE TOLOSA

La historia de este reino desde su fundacion hasta su repentino fin causado por los francos, es la resultante de dos fuerzas contrarias: la necesidad de ensancharse á costa naturalmente de los romanos, y la no menos perentoria de vivir en buena armonia con ellos. El territorio que recibieron estaba separado por todos los lados del mar; llegar á él, ya sea al Mediterráneo, ya al Atlántico, ya al del Norte, solo era posible arrancando el país á viva fuerza del poder de los romanos cuando las circunstancias fueran propicias, aprovechando épocas de confusion política, ya en Italia, ya en la Galia. Por otra parte, como los visigodos no eran bastante fuertes para exterminar á la poblacion romana, ni esta para rechazar á la visigoda, se veian ambas obligadas á tolerarse y defenderse mutuamente contra enemigos comunes. Solo á los francos estaba reservado, despues de la extincion del imperio de Occidente, apoderarse de los últimos y aislados restos del poder romano en la Galia y arrancar luego á los visigodos la mayor parte de su territorio, cuando estaban en España bastante fortalecidos para tener en el reino de Toledo una continuacion del de Tolosa.

Poco despues de su vuelta á Galia murió Walia sin dejar al parecer hijo varon de edad para llevar las armas, pero dejó una hija, que fué la madre del famoso creador de emperadores Ricimero. En su consecuencia eligió el pueblo á Teodorico I (1) que en su prolongado reinado, desde 419 hasta 451 ensanchó el poder visigodo en el exterior y consolidó el orden y el gobierno en el interior.

Sus contingentes en 422, con arreglo al pacto hecho con Roma, pelearon en favor de los romanos contra los vándalos en España; pero cuando en 425 se levantó contra Valentiniano III sucesor de Honorio, un competidor en la Galia, Teodorico aprovechó la coyuntura para tratar de apoderarse de la importante ciudad de Arlés, aparentemente en defensa del emperador legitimo y en ejecucion del pacto de alianza, pero en realidad para quedarse con ella. Tan importante era esta plaza, desde 418 capital de las siete provincias de la Galia, que la llamaban la *Roma Gala*. En ella se reunian anualmente los notables de todo el país, legos y eclesiásticos, para consultar y administrar los intereses generales. Tenia el sobrenombre de Constancia en honor de Constancio. Sin embargo esta primera tentativa sobre Arlés no tuvo éxito: el general Aecio, á cuyo lado debia morir posteriormente el rey visigodo en la guerra contra los hunos, se habia pronunciado contra Valentiniano, pero se arrepintió luego, y para redimir su falta se echó con sus fuerzas sobre los godos junto al Monte Culebrino (*colubrarium*) junto á Arlés y los derrotó completamente apoderándose de su jefe Aonulfo;

(1) Los historiadores españoles llaman á este rey Teodoro. (N. del T.)